

El bien y el mal: ejes del desarrollo y final del universo

JOSÉ MOYA SANTOYO

Introducción

La noción del bien y el mal puede estar ligada a conceptos muy diferentes. En el lado menos profundo, puede hacer referencia a los efectos que algo puede tener sobre la felicidad de una persona. Bentham (1838-1843) decía que las cosas son buenas o malas sólo con relación al placer o al dolor. “Llamamos bueno a lo que puede causar o aumentar el placer o disminuir el dolor en nosotros... Y, por el contrario, llamamos malo a lo que puede aumentar cualquier dolor o disminuir cualquier placer en nosotros”. En el lado más profundo, Bien y Mal se identifican con realidades divinas, eternas, y con tendencias opuestas hacia la vida y hacia la muerte. Frecuentemente no se quiere atribuir categoría de dios al Bien y al Mal y entonces se habla de fuerzas del Bien y fuerzas del Mal, aunque, en definitiva, estas fuerzas tienen todas las características de la divinidad: eternidad, independencia, energía, sabiduría, etc.

Muy frecuentemente utilizamos la palabra bien, o el Bien, con mayúscula, para referirnos al Bien supremo, es decir, Dios. Bien es también sinónimo de algo valioso, como cuando decimos: los bienes del Estado. También se utiliza este vocablo para indicar que las cosas están como deben estar.

En muchas ocasiones se utilizan las palabras “bueno”, “malo” en abstracto para indicar una cualidad buena o mala (lo bueno del partido fue que ganamos, lo malo, que jugamos fatal).

El bien tiene su correspondencia con bueno. Cuando a un sustantivo X se le añade el calificativo bueno (X es bueno) normalmente nos estamos moviendo dentro del ámbito de lo ético, aunque el concepto de bondad puede tener una gran variedad de sentidos: bondad instrumental,

técnica, bienestar, benéfica, saludable, utilitarista, hedónica, benevolente, etc. (von Wright, 1963).

Origen de los conceptos de Bien y Mal

Zoroastrismo

Tradicionalmente se ha venido entendiendo que el origen de las teorías del bien y del mal tienen su origen en Mesopotamia con la doctrina de Zoroastro, una doctrina dualista en la que se enfrentan continuamente dos fuerzas: las fuerzas del bien, dirigidas por Ormuz, y las fuerzas del mal, dirigidas por Arinam. En el siguiente diálogo aparecen los dos protagonistas como fuerzas opuestas en cada una de las cosas de la creación.



"Yo he creado, oh santo Zoroastro, una creación de delicias; nada que se pareciera a ella ha sido creado antes. Pues si yo no hubiese, oh santo Zoroastro, creado un lugar, una Tierra de delicias a la que nada de cuanto existe pudiera parecerse, el Mundo entero que está dotado de cuerpo hubiera sido transportado a Eriana-Vaeja. Yo he creado los primeros y los mejores de los lugares y de los sitios, yo que soy Ahura Mazda, el Eriana-Vaeja del Paraíso.

Al punto, Anra Manyu, que está lleno de muerte, creó un antagonista. Una gran serpiente y el invierno que los Daevas habían creado. Los meses del invierno son allí en número de diez, los meses de verano, dos. Y estos son fríos en el agua, fríos en la tierra, fríos en los árboles. Enseguida en medio de la tierra, en el corazón de la tierra, donde penetra el invierno es cuando llega el colmo del mal.

Yo he creado el segundo y el mejor de los lugares y de los sitios, yo que soy Ahura Mazda: Gau, la mansión de Sugdha.

Entonces Anra Manyu, el que está lleno de muerte, suscitó un antagonista. Una avispa que está llena de muerte para los rebaños y para los campos..."

Aunque se han reificado estas fuerzas del bien y del mal, sin embargo, fundamentalmente son fenómenos psicológicos. En el Canto 3:2 se llama a estos principios, "discernimientos" y nosotros debemos escoger los correctos y desechar los incorrectos, cuando los hemos oído, percibido y reflexionado sobre ellos con una mente iluminada y clara.

En el Canto 3:3 Zaratustra los llama "Mentalidades" (Mainyus), una facultad humana de la mente que hace al hombre capaz de este discernimiento. Él dice que estos dos 'mainyus' son gemelos. Estos gemelos tam-

bién se describen como "... el 'bueno' y el 'malo' en pensamientos, palabras y hechos". Lo bueno es Spenta Mainyu y el gemelo opuesto es "Aka Mainyu" la injusta.

Así, esta doctrina afirma, claramente, que el Mal en la Mazdayasna mora dentro de las mentes de los mortales. Se produce por elecciones equivocadas, degenerativas, perversas. El Bien es consecuencia de las opciones rectas de la mente Spenta. Bien y Mal son claramente psíquicos y no tienen existencia real fuera de la mente y de las elecciones del hombre.

La Biblia

En la Sagrada Escritura se habla de dos principios antagónicos que lucharán hasta el final de los tiempos, cuando Dios, el Bien, venza definitivamente al Mal.

El origen del mal está en un acto de rebelión de poderosos espíritus, capitaneados por Luzbel (Bella luz) contra Dios. El Catecismo de la Iglesia Católica lo presenta así: "392 Esta "caída" consiste en la elección libre de estos espíritus creados que *rechazaron* radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "Seréis como dioses" (Gn 3,5). El diablo es "pecador desde el principio" (1 Jn 3,8), "padre de la mentira" (Jn 8,44).



393 Es el carácter *irrevocable* de su elección, y no un defecto de la infinita misericordia divina lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado. "No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte" (S. Juan Damasceno, f.o. 2,4: PG 94, 877C).

394 La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama "homicida desde el principio" (Jn 8,44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4,1-11). "El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo" (1 Jn 3,8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.

395 Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán

actúe en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños –de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física– en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero “nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (Rm 8,28)”.

Distinciones escolásticas del bien

Aristóteles distingue el bien en sí mismo y el bien relativo a otras cosas. Aristóteles señala que el bien por sí mismo es preferible al relativo, aunque no hay que confundir el bien por sí mismo con el bien absoluto. El bien en sí mismo es aquel bien que tiene un valor independiente de las circunstancias y es aplicable a la totalidad de la humanidad, por ejemplo, la salud. Todo el mundo, en circunstancias normales, quiere y desea la salud. Los bienes relativos son los que son dependientes de las circunstancias y no todos los seres humanos los desean ni los quieren, por ejemplo que le amputen a uno una pierna. Sólo en el caso que éste sea un requisito indispensable para evitar la muerte, uno desea que le amputen la pierna.

Según esto, existe un *bonum simpliciter*, o *bonum per se*, *bonum secundum quid*, *bonum cui*, *bonum per accidens*. El *bonum secundum quid* depende de las circunstancias. El *bonum cui* hace referencia más directamente a las circunstancias personales de un ser humano en concreto. El *bonum per accidens* es algo que se convierte en un bien por pura casualidad; por ejemplo, a Cornelio a *lapide* le cayó una piedra en la cabeza cuando era niño, a causa del golpe se convirtió en una persona extraordinariamente inteligente. Nadie desea que le caiga una piedra en la cabeza, excepto si las consecuencias han de ser tan excelentes.

Según esto no se acepta que el Bien sea exclusivamente una sustancia o realidad absoluta, como pensaba Platón. Aristóteles y muchos escolásticos rechazaban la doctrina platónica del Bien como Idea absoluta que está “más allá del ser”, de tal modo que las cosas buenas lo son sólo *en cuanto* participan del único Bien absoluto. En la concepción aristotélica puede decirse que cada cosa puede tener su bien, esto es, su perfección.

Pero el Bien también es definido como uno de los trascendentales, dando como resultado que el Bien es *equiparable al Ser*, lo Verdadero y lo Uno (*ens bonum verum unum convertuntur*). La distinción que existe entre

ellos es puramente formal, según Santo Tomás: *bonum et ens sunt idem secundum rem: sed differunt secundum rationem tantum.*

Otra distinción aristotélica del bien es la de bien natural y bien convencional. Se considera que el bien natural es universal, inalterable y necesario, aunque puede estar sometido a las leyes evolutivas. El bien convencional es un bien relativo tanto al tiempo como al espacio, a los cambios de la persona, de la sociedad, entre personas y entre sociedades. Los bienes convencionales son los que una determinada cultura establece para esa sociedad como, por ejemplo, el dinero.

El Bien se puede considerar como un ser metafísico. En este caso se puede equiparar Bien y ser, el bien y el ser son una y la misma cosa. *Quaecumque sunt, bona sunt*, decía Agustín de Hipona y, en el mismo sentido, Santo Tomás afirmaba: *omne ens in quantum ens est, est bonum*. De esta manera se le da primacía absoluta al ser. Puede existir, y de hecho existe, dirá Santo Tomás, el bien absoluto, no así el mal absoluto, ya que la única posibilidad de que exista el mal absoluto es que no tenga existencia ninguna, porque si tuviera existencia, esa existencia sería un bien y, por tanto, ya no sería todo mal.

La existencia del mal se explica no como principio absoluto, sino como la negación de alguna parte del bien. El bien existe "*ex integra causa*" (cuando todo en él es bueno), el mal "*ex quocunque defecto*" (si tiene algún fallo).

El bien y el mal morales

A partir del saqueo de Roma llevado a cabo por los bárbaros aparecieron algunas ideas que ligaban la destrucción del Imperio Romano con el cristianismo. El cristianismo, decían, había minado los cimientos del Imperio. Contra estas ideas escribe S. Agustín el libro *La ciudad de Dios* hacia el año 412. S. Agustín presentó la historia pasada y la presente como la eterna lucha entre las fuerzas del bien y del mal, gobernadas por la providencia divina. Dios quiere el bien y desea que todos los hombres sean felices, pero Dios permite el mal para que se obtengan de él beneficios mayores. Para S. Agustín el desarrollo de la historia es la lucha constante entre la ciudad terrenal, construida por el egoísmo humano, y la ciudad de Dios, dirigida por la caridad. En realidad al hombre siempre le mueve el amor, que puede tener una doble dirección, hacia intereses materiales o hacia la caridad con el prójimo. El hombre elige libremente. Según la opción de cada hombre, la historia tendrá un desarrollo positi-



vo o negativo, aunque todo el proceso está dirigido por la providencia de Dios.

La primera cuestión que se plantean los estudiosos de la moral es si el bien es algo objetivo o subjetivo. La pregunta crucial es la siguiente: me apetece el bien porque tiene algo bueno en sí mismo que me atrae; o bien, considero que las cosas son buenas porque me gustan. En el primer caso tengo una posición objetiva, mientras en el segundo caso tengo una posición subjetiva. Los platónicos defendían la primera posición, mientras que Spinoza (1656) en su *Ética* defiende la segunda: "no nos movemos, queremos, apetece o deseamos algo porque juzgamos que es bueno, sino que juzgamos que es bueno porque nos movemos hacia ello, lo queremos, apetece y deseamos". Muchas filosofías son a la vez objetivas y subjetivas: el bien es apetecible porque lo deseamos, pero también lo deseamos porque es apetecible.



Kant (1774) le da un giro esencial a la concepción del bien y del mal. Hasta Kant las distintas éticas versaban sobre lo bueno y lo malo como elementos objetivos pertenecientes a la realidad del mundo en cuanto partícipes de la bondad suprema, pero Kant introduce una concepción formalista de la ética, que rompe con su orientación hacia el bien supremo, para centrarse en la conciencia racional del hombre.

Para Kant, las éticas "materiales" son empíricas, y, por tanto, "a posteriori", es decir, su contenido se obtiene a través de la experiencia. Esto limita enormemente la ética, ya que sus contenidos están sometidos a las variaciones que se producen en el desarrollo del pensamiento humano. Cada época, cada cultura descubrirá unos determinados valores que tienen un valor relativo a esa cultura y a ese tiempo.

Kant quiere hacer una ética que sea universal en el tiempo y en el espacio, es decir, quiere hacer una ética cuyos imperativos sean universales, por tanto, este tipo de juicios sólo pueden ser "a priori".

Todos los principios éticos obtenidos por la experiencia están condicionados a la adquisición de unos determinados fines, pero si alguien renuncia a esos fines, entonces los principios dejan de tener valor. Si alguien dice: beber moderadamente vino tinto favorece la longevidad, éste principio será válido sólo para aquellos que quieran vivir muchos años, pero no para los que quieran vivir intensamente aunque esto les acorte la vida. Muchos prefieren beber sin moderación aunque no lleguen a vivir 90 años. Esta ética no es universalmente válida a juicio de Kant.

El bien ético significa para Kant una acción hecha siguiendo los principios de la racionalidad, desde un sentido del deber. Esto informa y sirve como imperativo categórico para todo juicio ético, en vez de estar condicionado por algo hipotético o circunstancial. El propio interés, la lealtad, la simpatía y el altruismo son dignos de elogio, pero la verdadera moralidad trasciende los sentimientos individuales, gusto, disgusto, habilidades y oportunidades.

El imperativo categórico debe ser racional y universal. Ejemplos de imperativos categóricos son: "Trata a las personas como fines en sí mismos, nunca como medios para conseguir un fin". "Trata a los demás como tú querías ser tratado por ellos".

El Bien en algunas discusiones filosóficas del siglo XX

Una gran parte de los filósofos que han prestado atención al estudio del Bien afirman que "bueno" es analizable o definible ya que éste es un concepto que encierra otros conceptos derivados de él más específicos. "x es bueno" puede analizarse en sus derivados de deseable, perfección, utilidad, etc., pudiendo sustituirse "bueno" por útil, perfecto, deseable y otros.

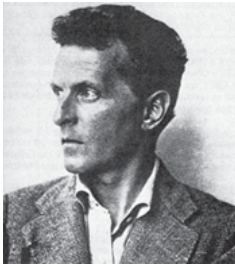
G. E. Moore (1903) piensa, por el contrario, que no se puede dar una definición de "bueno".

Las definiciones auténticas *"describen la naturaleza real del objeto o noción denotado por una palabra, y... no se limitan a decirnos para qué se usa la palabra"*. Estas definiciones *"sólo son posibles cuando el objeto o noción es complejo... Puede darse una definición de caballo, porque un caballo tiene muchas propiedades y cualidades diferentes que pueden ser enumeradas. Pero cuando se han enumerado todas, cuando se ha reducido un caballo a sus términos más simples, estos términos ya no pueden definirse. Son simplemente algo que se puede pensar o percibir, y a quien no pueda pensarlos o percibirlos no es posible hacerle conocer su naturaleza por medio de ninguna definición. Por tanto, "bueno", si por ello queremos decir aquella cualidad que afirmamos que pertenece a una cosa cuando decimos que ésta es buena, es capaz de definición en el sentido más importante de este término. El sentido más importante de "definición" es el sentido en el que una definición enuncia cuáles son las partes que invariablemente componen un cierto todo; y en este sentido, "bueno" carece de definición porque es simple y carece de partes"*.

Cualquiera que esté diciendo "x es bueno" estará diciendo una trivia-

lidad analítica, una afirmación que es innegable simplemente porque no informa de nada. Por ejemplo, cuando los hedonistas afirman “el placer es bueno” lo único que afirman es “el placer es el placer” y nada más.

Para John Stuart Mill existe una asociación indisoluble entre la felicidad individual como práctica de un determinado modo de conducta, negativa o positiva, y la felicidad del resto de las personas. El hombre debe buscar el mayor bien para el mayor número de personas, como decía Bentham. El mayor número posible de personas no significa la mayoría, sino el bien común.



Para el Wittgenstein del *Tractatus*, “cualquier cosa que exprese valor debe encontrarse fuera del ámbito de lo que acontece”. En *A lecture on Ethics* (1965) expresa su pensamiento de la siguiente manera: “*Veo estas expresiones carentes de sentido (a saber, los juicios morales) y no carecen de sentido porque no hubiera encontrado aún las expresiones correctas, sino que su falta de sentido era su propia esencia. Pues todo lo que yo pretendía hacer con ellas era justamente ir más allá del mundo, o lo que es lo mismo, más allá del lenguaje significativo. Mi tendencia, y según creo la tendencia de todos los hombres que han intentado hablar o escribir de ética..., era lanzarse contra los límites del lenguaje. Este salto contra las barras de nuestra jaula es perfecta y absolutamente inútil. La ética, en la medida en que brota del deseo de decir algo sobre el significado último de la vida, sobre el bien absoluto o sobre lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice no añade nada en ningún sentido a nuestro conocimiento. Sólo testimonia una tendencia de la mente humana que personalmente yo no puedo por menos que respetar profundamente y no ridiculizarla jamás*”.

De acuerdo a los principios de los positivistas lógicos, la ética quedaba fuera del ámbito de las ciencias naturales, por tanto, no era ni verdadera ni falsa, ya que los juicios morales no tienen correspondencia con hechos de experiencia. Para Ayer (1946), por ejemplo, “*los conceptos éticos fundamentales no son analizables, en la medida en que no hay un criterio por el que se pueda comprobar la validez de los juicios en los que aparecen...*” La razón por la que no son analizables es que son meros pseudoconceptos. La presencia de un símbolo ético en una proposición no añade nada a su contenido fáctico. Así, si yo le digo a alguien: “hiciste mal al robar el dinero”, no enuncio nada distinto de lo que hubiera enunciado al decir “robaste dinero”. Al añadir que esta acción está mal, no estoy diciendo nada nuevo sobre la misma.

Los juicios éticos son resúmenes conceptuales de hechos de experiencia, por tanto, se equiparan a las teorías, y como éstas, no son ni verdade-

ros ni falsos, válidos o inválidos, porque carecen de significado literal, todo lo más, tienen una cierta utilidad, la de sintetizar un conjunto de leyes establecidas empíricamente.

Cuando establecemos un juicio ético como “fumar es malo”, lo que queremos establecer es que un análisis de diferentes ciencias ha confirmado que fumar produce perjuicios en la salud, en la economía, en la ecología, etc. Y nosotros simplemente lo sintetizamos con una frase muy simple: fumar es malo. Esta afirmación no es ni verdadera ni falsa, ni válida ni inválida, sólo tiene la utilidad de sintetizar un gran conjunto de investigaciones, difíciles de proponer en un corto periodo de tiempo y de espacio, e ir a una conclusión ética en la que se junta una actividad con las posibles consecuencias que puede tener para la salud, la economía, el deterioro del medio ambiente, etc.

Hare encuentra que el fundamento de la ética es el prescriptivismo. Comienza rechazando el descriptivismo, que los juicios morales de las acciones y las elecciones no son más que paráfrasis de la descripción de estas acciones y elecciones. También rechaza el emotivismo, que sólo añade un elemento emocional al juicio moral. El comienza reconociendo que el papel fundamental del juicio moral es prescribir un cierto curso de acción, y quiere argumentar que estas prescripciones se hacen específicamente morales en gran medida si se pueden universalizar, esto es, si no se refieren a un hecho particular, sino que se aplican a todos los agentes morales (algo parecido a lo que ya había señalado Kant). Este punto de vista de la moral se denomina prescriptivismo.

Lo bueno (el bien) y lo malo (el mal) son prescripciones que se establecen apoyándose en conocimientos adquiridos y que tienen una validación mayor si pueden ser universalizados.

Para MacIntyre, la actual situación de la ética es de “post-catástrofe”, que explica mediante una hipótesis apocalíptica, “la hipótesis inquietante”. Supongamos que, de golpe, se queman los laboratorios, se linchan los físicos, se destruyen los libros y los instrumentos. Finalmente un movimiento político anarquista toma el poder y elimina la enseñanza de la ciencia en las escuelas y en las universidades, metiendo en la cárcel y ejecutando al resto de los científicos. Posteriormente hay una reacción en contra de este movimiento destructivo y la gente busca revivir la ciencia, aunque hace mucho tiempo que olvidaron lo que era. Pero todo lo que poseen son fragmentos: un conocimiento de experimentos separados de todo conocimiento de un contexto teórico; partes de las teorías no relacionadas unas con otras; trozos y piezas de teorías o de experimentos;

instrumentos cuyo uso ha sido olvidado; capítulos a medias de libros, páginas sueltas de un capítulo, no del todo legibles a causa del agua y del fuego. Los hombres de esa nueva civilización naciente, admirados con las fórmulas halladas, empiezan a elaborar una nueva ciencia que toma como punto de partida afirmaciones fragmentarias, que adquieren falsos sentidos al estar desvinculadas del todo que las encuadraba y las explicaba en su sentido genuino. Cada uno de los nuevos pensadores, partiendo de “su fragmento” personal, elabora una teoría discordante y antitética tal vez de las demás teorías. La nueva situación de las ciencias ha entrado en una situación de caos que llevará a los hombres al escepticismo y al individualismo de la oposición de las teorías.

En la discusión sobre el bien y el mal, MacIntyre sostiene que es necesaria una reconstrucción de todas las “reliquias” del pasado, aunque él ha encontrado que lo que mejor representa al hombre se encuentra en la tradición aristotélico-tomista.

El análisis de lo bueno (el bien) y lo malo (el mal) lo centra la doctora Lesley C. Stevenson (1944) en el emotivismo. Las leyes, aparte de ser descriptivas, son emotivas. Cuando la madre le dice al niño que esto “es bueno”, “esto es malo”, además de indicarle lo conveniente o inconveniente de una acción, quiere ejercer influencia sobre su hijo, y dirigir sus actitudes. Lo “moralmente bueno” no se refiere a cualquier clase de aprobación que tenga el hablante, sino sólo a la que tiene una “especial seriedad o urgencia”. Normalmente los seres humanos utilizamos un lenguaje persuasivo cargado de emotividad para aceptar o rechazar una proposición sobre lo bueno o lo malo como puede verse en el siguiente ejemplo.

A: No tiene derecho a actuar sin consultarnos.

B: Después de todo, es el director.

A: Sí, pero no el dictador.

En las discusiones filosóficas sobre el bien y el mal se utilizan como contrastes la lógica y la psicología. Esto nos da una idea de lo implicado que está el sujeto en la apreciación de lo bueno y lo malo. Si el bien y el mal fuesen algo objetivo, palpable, observable científicamente, su discusión se centraría en los métodos utilizados para su descripción y no en los procesos psicológicos que conducen a su descubrimiento. En el apartado siguiente discutimos la realidad objetiva o subjetiva del bien y del mal.

¿Dónde está el bien? ¿En los objetos externos?, ¿en el ser humano?, ¿en la relación sujeto-objeto?

Los fisiólogos se han preguntado a lo largo de la historia ¿dónde está el color de la rosa? Y han dado diferentes respuestas: objetivistas como Locke han afirmado que, sin duda alguna, está en la rosa; mientras que Berkeley, para quien sólo existen las segundas impresiones, sostiene que el color está en el sujeto que percibe. En el siglo XIX se complican las cosas cuando J. Müller y Hermann von Helmholtz hablan de la energía específica de las fibras nerviosas. Los nervios reciben una misma energía, pero son ellos los que la transforman según su propia virtualidad, de modo que el color de la rosa se debería a la energía específica de los nervios.

Estudios posteriores sobre la sensibilidad al color han demostrado que si alguna zona cerebral está deteriorada se puede ser ciego al color o ciego psíquico. Los ciegos psíquicos no son conscientes de lo que están viendo, aunque pueden procesarlo y actuar como si lo estuviesen viendo.

Analógicamente, podemos preguntarnos sobre si el bien está en los objetos en sí, en las fibras nerviosas o en el cerebro del sujeto que lo percibe, o en la relación sujeto-objeto.

Una pregunta que podemos formularnos es si también existe ceguera respecto a lo bueno.

Una de las claves que se han propuesto para considerar que algo es un bien para el organismo es si produce o no una mejor adaptación de este organismo a su medio y le da más posibilidades de supervivencia.

En este sentido está formulada la ley de Spencer-Bain. Parece ser que la evolución ha realizado una conexión estrecha entre el agrado de placer que produce y su utilidad. Cuanto más agradable es una función más útil es. Es, por tanto, el agrado lo que guía el aprendizaje de conductas adaptativas.

Skinner, siguiendo esta misma tradición, pero quitándole la connotación subjetiva del placer y dolor, propuesta en su célebre ley del efecto por Thorndike, afirmará que lo bueno es aquello que conduce a una sociedad a tener un desarrollo evolutivo más elevado y a adaptarse mejor, y de forma preeminente, al resto de las sociedades. Lo bueno sólo se descubre cuando la selección de unas determinadas pautas de conduc-

ta conducen a una sociedad a tener una cultura, una tecnología, y un grado de desarrollo superior al de otras sociedades. El bien está fuera y hay que descubrirlo por ensayo-error-éxito.

Las modernas computadoras pueden simular ciertos comportamientos y analizar los efectos que tendrán sobre las personas y sobre el medio ambiente, adelantando, de esta manera, las consecuencias. Pueden también analizar diferentes alternativas y seleccionar aquellas que conduzcan a optimizar los recursos invertidos. Con el uso de las computadoras en la etapa cognitiva de la ciencia psicológica se ha querido adelantar lo bueno y lo útil para los organismos.

Sin embargo, es una realidad conocida que no todos los organismos reaccionan de la misma manera a los estímulos. Un organismo puede producir sustancias que neutralicen el veneno de las abejas, mientras otros pueden reaccionar ante la picadura de una abeja produciendo sustancias que provoquen alergia a su picadura, de modo que una nueva picadura le puede causar la muerte a ese organismo. Hay sujetos a los que les gusta la cerveza, mientras otros sienten repugnancia por ella.

Por tanto, el bien puede estar en los objetos externos al hombre, o puede estar dentro del hombre, también en la relación sujeto-objeto.

¿Tienen el bien y el mal una realidad y un dinamismo más allá del mundo observable?

La física cuántica, es decir, la física de las partículas subatómicas parecen tener una realidad y un dinamismo que está orientado hacia la producción de toda la diversidad y riqueza de la vida. Incluso se podría suponer que su información es de una riqueza muy superior a lo que se podría sospechar. En pequeñas estructuras se puede acumular tanta información como para reconstruir de nuevo la vida del planeta.

En la vida ordinaria tenemos ejemplos asombrosos de esto. El cuerpo humano comienza siendo una célula con 23 pares de cromosomas, una estructura realmente simple y semejante a la de cualquier otra célula, sin embargo, la información que encierra es capaz de desarrollar estructuras tan complejas como el cerebro, las venas y arterias, los músculos y huesos, el sexo, etc. Una estructura tan simple como una única célula da lugar al desarrollo inimaginable de millones de células organizadas y coordinadas para llevar a cabo labores de nutrición, oxigenación, eliminación, crecimiento, desarrollo, reposición, etc.

Hasta el siglo XX se pensaba que la naturaleza seguía leyes completamente predecibles y que todo estaba determinado en su desarrollo por el punto de partida anterior. Según el determinismo, el universo funciona como una máquina perfecta sometida a leyes matematizables, donde no existe lugar para el azar y donde todo está determinado inexorablemente por las eternas leyes de la naturaleza. Esto implica la posibilidad de poder predecir cualquier situación posterior B, conociendo la situación anterior A y las leyes naturales que rigen el proceso que va desde A hasta B.

Por tanto, el principio del Bien gobierna totalmente el desarrollo del universo, según un modelo parecido al propuesto por Leibniz, un cosmos que es el mejor de todos los mundos posibles. Si existe el mal, sólo se debe a los fallos de un sistema que no puede ser perfecto por ser material.

Sin embargo, el universo no es un cosmos absoluto, sino que existe el caos, lo que ha dado origen a la idea de las fuerzas del mal.

La teoría del caos encuentra su principal representante en la figura del belga Ilya Prigogine (1971), Premio Nobel de Química del año 1977 por sus trabajos sobre la termodinámica de los sistemas alejados del equilibrio. La teoría del caos afirma que el mundo tiene aspectos caóticos: el observador no es quien crea la inestabilidad o la imprevisibilidad con su ignorancia. Aunque existen sistemas estables, como la órbita de la tierra alrededor del sol, la mayoría son inestables, siendo un ejemplo típico el clima. Podemos prever un eclipse o la aparición de un cometa con siglos de antelación, pero no si tendremos buen tiempo la próxima semana que nos vamos de vacaciones. Ello es así porque depende de un enorme conjunto de circunstancias inciertas, que determinan por ejemplo que cualquier pequeña variación en un punto del planeta, genere en los próximos días o semanas un efecto considerable en el otro extremo de la tierra.

En esta lucha entre el caos y el cosmos, entre el bien y el mal, no existe un ganador definitivo según lo explica Prigogine: mientras el sistema va caotizándose cada vez más, llega un momento en que alcanza su "punto de bifurcación". Como su nombre indica, es un punto donde el sistema puede evolucionar hacia una de las dos alternativas: o bien retorna al estado de equilibrio original, como prevé la termodinámica clásica, o bien deja de caotizarse, y empieza a auto-ordenarse o auto-organizarse hasta constituir una nueva estructura "dispersiva", debido a que consume mayor cantidad de energía que la organización anterior a la que reemplazó.

Prigogine postuló que los desequilibrios químicos no desembocan siempre en la anarquía, sino que algunas veces permiten la aparición espontánea de organizaciones o estructuras perfectamente ordenadas, las estructuras dispersivas. Los estados de no equilibrio pueden desembocar tanto en el desorden como en el orden (c). El universo funciona de tal modo que del caos pueden nacer nuevas estructuras y, paradójicamente, un estado de no equilibrio es el punto de partida para pasar a un nuevo estadio equilibrado, del caos al cosmos (e).

El caos y el cosmos, el bien y el mal, son antagónicos, pero sólo hasta un cierto punto. El ser y el no ser de Heráclito tenían el mismo dinamismo. Las cosas existen sólo un instante, son durante un momento, para pasar inmediatamente al no ser; pero, inmediatamente, surge una infinidad de nuevos seres que duran también sólo un instante. Sucede con la teoría de Heráclito como con la espuma que produce el agua al caer en una gran catarata: la espuma permanece invariablemente durante todo el tiempo que cae el agua, aunque cada una de las pompas que forman la catarata dura sólo unos instantes.

El bien y el mal en la psicología

Los procesos psicológicos que subyacen al comportamiento humano son muy complejos, en ellos intervienen entre otros las intuiciones, cogniciones, sentimientos, emociones, motivaciones, historia de refuerzos, estado corporal, etc. Por eso no es de extrañar que la conducta sea a veces impredecible, en contra de lo que pensaba Skinner, para quien la conducta era sólo cuestión de estímulos y refuerzos contingentes.

En algunos sistemas, especialmente en el psicoanálisis, se ha intentado una reducción de todos los componentes del complejo mundo interno a dos elementos esenciales: el eros y el thánatos (Freud), la luz y la sombra (Jung), Dr. Jekyll y Mr. Hyde (Stevenson).

La novela de Robert Louis Stevenson (1886) plantea el recorrido de un médico inglés, Henry, un hombre honorable, lleno de bondad y amor por la humanidad, que en la búsqueda de pócimas milagrosas, inventa una bebida que lo convierte en el Sr. Hyde, un depravado hombre que actúa en la oscuridad de la noche, capaz de las más perversas acciones.

La obra plantea temas tan complejos como la dualidad del ser humano, el concepto del doble, la multiplicidad y el riesgo que asumen aquellos aventureros inconscientes, que deciden arriesgarlo todo por seguir



sus ideas. El Dr. Jekyll propone su gran descubrimiento: *“Día tras día y desde las dos dimensiones de mi inteligencia, la moral y la intelectual, me fui acercando así cada vez más a esa verdad por cuyo parcial descubrimiento he sido condenado a tan horrible naufragio: que el hombre no es verdaderamente uno, sino verdaderamente dos”*.

El Eros y el Thanatos

En 1920 Freud publica *Más allá del principio del placer* que representa la inflexión antropológica de la doctrina freudiana, y propone el principio de muerte, Thanatos, como pulsión originaria junto con el ya afirmado Eros.

Freud dio el nombre de “Eros” a todas las fuerzas que persiguen el placer y que mejoran las funciones vitales del individuo. El Eros incluye todos los instintos e impulsos sexuales y egoístas, todo lo que conduce a la conservación del individuo, lo que está al servicio de la vida. El individuo canaliza todas las fuerzas de la libido para la obtención del placer y la restauración del equilibrio homeostático.

Vió en Eros el instinto de la vida, el amor y la sexualidad en su más amplio sentido. Eros es la impulsión hacia la atracción y reproducción.

La importancia del Thanatos la expresó con estas palabras: *“Tras largas dudas y vacilaciones, hemos decidido suponer la existencia de dos instintos básicos solamente, el Eros y el instinto de destrucción... El fin del primero de estos instintos básicos consiste en establecer unidades siempre mayores y preservarlas, esto es, juntarlas; el fin del segundo, por el contrario, consiste en deshacer conexiones y, de este modo, destruir seres. Debemos suponer que la meta final del instinto destructivo es reducir los seres vivientes al estado inorgánico. Por esta razón también podemos denominarlo instinto de muerte”*.

Según Freud, en la vida de cualquier individuo, Eros y Thanatos pueden compartir sus recursos, pero frecuentemente luchan entre sí. Por otra parte, difícilmente se dan actos puros eróticos o de muerte. En el acto de comer, por ejemplo, se dan ambos entrelazados. Destruimos los alimentos, pero su destrucción sirve para la conservación de nuestra vida. Los impulsos sexuales combinan también exigencias destructivas y eróticas al mismo tiempo.

Durante toda nuestra vida existe una lucha entre ambos instintos, pero, desgraciadamente, el impulso hacia la muerte y la destrucción vence inexorablemente.



El yo racional y la sombra

Carl G. Jung (1968) denominó “sombra” a la dimensión de nuestra psiquis que se hace depositaria de lo que no nos gusta admitir, de aquello que no sabemos de nosotros, y aún de aquello que nos prohibieron. Eso es lo que solemos llamar “el lado oscuro”. Jung decía : *“Hemos olvidado ingenuamente que bajo el mundo de la razón descansa otro mundo. Ignoro lo que la humanidad deberá soportar todavía antes de que se atreva a admitirlo.”*

La sombra, por pertenecer al **inconsciente**, puede manifestarse de muy diferentes formas, burlando la censura del yo consciente y, por pertenecer al inconsciente **colectivo**, es aceptada sin demasiadas restricciones por grandes masas de la sociedad cuando se cubre con la piel del cordero. Piénsese por ejemplo en los campos de exterminio de la II Guerra Mundial, en los desaparecidos en Argentina o Chile durante las últimas dictaduras. Muchas personas se alegran del exterminio de grandes grupos humanos, como si el lado más oscuro de la humanidad estuviese tomando las riendas de la historia, y el Thanatos impusiese su tiranía sobre el Eros.

El lema de los años 60 entre los hippies: “Haz el amor, no la guerra” fue un grito en nombre de Eros contra Thanatos. Pero, posiblemente, en un gran número de personas aparecía una leve sonrisa de satisfacción cuando las noticias contaban que habían arrasado un poblado vietnamita donde habían muerto mujeres y niños. La sombra aparece y vuelve a aparecer continuamente y recibe su dosis de sadismo para satisfacer sus necesidades más inconfesables.



La sombra contiene los deseos y necesidades que no pueden ser aprobadas por el yo consciente. Viene a ser como una personalidad, dentro de la misma personalidad. La sombra representa los impulsos sexuales y agresivos olvidados o reprimidos. Posee su propia energía psíquica y puede llevar al sujeto a realizar actos peligrosos o irresponsables a los ojos de otros. Un rasgo básico de la sombra es la “proyección”. Solemos atribuir a las otras personas las cualidades malignas y rechazadas en nosotros mismos, aspectos que conscientemente no reconocemos. La sombra es lo más opuesto al “ego”(yo). La sombra de los hombres suele adoptar una forma femenina (“anima”) frente a su ego consciente masculino, y en las mujeres la sombra adopta el rasgo masculino (“animus”).

La mayor parte de las personas destierran directamente las cualidades inaceptables e inmorales a la sombra inconsciente, que se manifiestan en sus conductas más oscuras. Pero, de este modo, las aberraciones

no desaparecen sino que terminan transformándose en síndromes tales como sentimientos y acciones profundamente negativas, sufrimientos neuróticos, enfermedades psicosomáticas, depresiones y abuso de drogas, y el suicidio, entre otras.

Conclusión

El Bien y el Mal son conceptos psicológicos que tenemos arraigados en nuestra psique desde niños. Constantemente se nos repiten las palabras bueno-malo para diferenciar las conductas deseables de las indeseables. En el concepto bueno-malo se unen tanto elementos éticos y morales, como ontológicos, adaptativos, de crecimiento, etc. En algunas culturas se han hecho más específicos estos conceptos y se ha reservado la palabra *pecado*, por ejemplo, para designar lo que es moralmente malo; *perjudicial*, para lo que es médicamente malo; *catastrófico*, para lo que puede ser malo a nivel físico, etc.

La existencia del Bien y del Mal como entidades subsistentes sigue teniendo cierta vigencia. Hay muchas personas que hablan de las fuerzas del bien y de las fuerzas del mal como realidades trascendentes. El Bien se explica por la existencia de Dios (fuerzas del Bien), mientras el Mal se explica por la existencia del demonio (fuerzas del Mal). Incluso en ambientes políticos se personaliza la existencia del mal en determinadas personas. Así, por ejemplo, Bin Laden y Sadam son personificaciones, materializaciones, de las fuerzas del Mal.

La presencia de distorsiones dentro del sistema cósmico, como, por ejemplo, la existencia de agujeros negros, establece la posibilidad en la física de que fuerzas contrarias jueguen un papel esencial en el mantenimiento de un equilibrio inestable, con fases de predominio de unas estructuras y su colapso y el surgir de otras nuevas. Las ideas del caos de Prigogine apoyaría esta teoría.

Lo que sucede en el macrocosmos también tiene su aplicación en el microcosmos. Dos fuerzas descomunales se enfrentan en el interior del hombre: la racionalidad y los instintos. La tendencia hacia el bien y las fuerzas que nos inclinan al mal. Ya lo intuía S. Pablo cuando afirmaba: Veo el bien y lo apruebo, pero hago el mal.

Para los autores de la Sagrada Biblia, no existen dos principios, sino que Dios es el origen tanto del bien como del mal: *"Yo soy el Señor, y no hay otro: artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor de la paz, creador de las desgracias, yo, el Señor, hago todo esto"* (Is. 45-7).

El Bien y el Mal no son dos titanes que lucharán eternamente el uno contra el otro, como nos muestra la película *Los inmortales*, sino que son fundamentalmente un problema psicológico, no porque el conflicto se dé únicamente a nivel psicológico, sino porque es en la conciencia donde se descubre el misterio más profundo del universo y donde tiene resonancia cualquier tipo de concordancia o disonancia del cosmos o del caos, y donde el hombre, microcosmos, interpreta y da sentido a todo lo que le rodea.

Bibliografía

- AGUSTÍN DE HIPONA (1946-1959): *Obras de S. Agustín* (18 vols.), Madrid: BAC.
- ARISTÓTELES (1946): *Obras completas*. (trad. de García Bacca). México: Universidad Autónoma.
- AYER, A. J. (1946): *Language, Truth and Logic*. New York: Dover Publications.
- BENTHAM, Jeremy (1838-1843): *Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (1789), in *The Works of Jeremy Bentham*, edited by John Bowring. London.
- GLANSDORFF, P. and PRIGOGINE, I. (1971). *Structure, Stabilité et Fluctuations*, Paris: Masson.
- HARE, R.M. (1952). *The Language of Morals*. Oxford: Oxford University Press.
- HOBBS, Thomas (1994). *Leviathan*, ed., E. Curley, (Chicago, IL: Hackett Publishing Company.
- JUNG, Carl Gustav (1968): *The Archetypes and the Collective Unconscious* (Herbert Read Editor) / Hardcover.
- KANT, Manuel (1974): *Crítica de la razón práctica*. Mexico. MX. Nacional. Colección Económica.
- MACINTYRE, Alasdair (1984): *After Virtue*, second edition. Notre Dame: Notre Dame University Press.
- MILL, John Stuart (1991): *Utilitarianism*, in *Collected Works of John Stuart Mill*, ed., J.M. Robson. London: Routledge and Toronto, Ont.: University of Toronto Press.
- MOORE, G.E. (1903): *Principia Ethica*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SPINOZA, Benedict de (1656): *Ethica Ordine Geometrico Demonstrata*.
- STEVENSON, Charles L. (1944): *The Ethics of Language*. New Haven: Yale University Press.
- VON WRIGHT, Georg Henrik (1963): *The varieties of goodness*. London.